

IMPRESIONES SOBRE LOS INICIOS DE LA «REVOLUCION DE LOS CLAVELES» DESDE LA PERSPECTIVA DE LA PRENSA LOCAL ONUBENSE

JESÚS ÁNGEL SANTOS CAÑA
Universidad de Huelva

ACLARACIONES METODOLÓGICAS

Este artículo no pretende ser una fiel crónica de las mil y una hazañas del proceso revolucionario estudiado. Ni tan siquiera nos dedicaremos a detallar al lector los acontecimientos que desde el otro lado de la frontera le brindaron los nuevos medios de comunicación de masas. En concreto, lo que trataremos de señalar son los engranajes empleados por entonces para que el mensaje que llegaba a España generase unas determinadas reacciones públicas. Realidad, que no sólo nos sirve para averiguar el grado de sutileza de los mecanismos de censura, o los resultados reales que tal labor generó; sino que además, nos permite penetrar en la mentalidad de aquellos que dirigieron la política informativa del tardofranquismo. A través de las purgas, las críticas, los silencios y ocultaciones se puede aspirar a analizar los miedos, los temores y ocultas aspiraciones de la atónita élite contemporánea a la «Revolución de los Claveles».

Obviamente el objetivo declarado resulta inabarcable dentro de las propias limitaciones que marca la naturaleza del trabajo aquí pre-

sentado. Por lo que a continuación se hace obligado un comentario de los límites que nos hemos marcado.

En primer lugar, el eje de nuestro estudio gira en torno a *EL ODIEL*, el único diario de la ciudad de Huelva de la época. Periódico que, por lo demás, procede de la serie de medios de comunicación que controlaba el «Movimiento», hecho que orienta su tendencia ideológica a las esferas más «reaccionarias» de la Dictadura. Esto quiere decir, que el espejo que vamos a utilizar para observar cómo la transición política portuguesa se reflejaba en la sociedad onubense, no es precisamente el de los espectros más progresistas, ni tan siquiera la de los más «prudentes» medios oficialistas, sino el de los más conservadores. Enfoque que no por minoritario dejó de ser el más comprometido con el régimen, y por lo tanto, al que mayor cobertura y libertad se le permitió. Además, recuerden que al fundir a su carácter de «activista», la ventaja de ser el exclusivo medio de información accesible, entenderán que se depositaba en este diario todos los factores necesarios para convertirlo en el principal configurador de la opinión pública; aliciente, como los anteriores, que transforman la visión de *EL ODIEL* en un atractivo «bocado» historiográfico.

En segundo lugar, se encontró un serio problema cronológico. Las revoluciones, como procesos históricos que son, resultan muy rebeldes a cualquier demarcación cronológica; sin embargo, los historiadores necesitan fijarla -aunque sea tan sólo vagamente- para definir el ámbito temporal sobre el que actuar. Desde estos presupuestos no interesaba tanto desplegar un parámetro analítico que cubriese la evolución total del proceso, como abrir una considerable cata que permitiese evaluar el comportamiento del tema propuesto anteriormente, durante unas fechas significativas. De ahí que no se dudara en escoger 1974. Precisamente porque durante ese año se produce el mayor contraste entre los modelos de transición hacia la democracia entre los países ibéricos. Mientras la perpleja España -posterior al magnicidio del almirante Carrero Blanco- impulsaba la prehistoria de la vía «consensuada» que ya se intuye en los insatisfactorios cambios propiciados por el «Espíritu del 12 de Febrero»; Portugal rechazaba al tiempo la que parecía su correlato previo, el «reformismo» caetanista, lo suficientemente frustrante como para propiciar la «ruptura». Además, 1974 se presentaba como un año apasionante, a pesar de las tristezas que para la izquierda supusieron la dimisión de Golda Meir y Willy Brant, poco compensada por la disputada victoria electoral de Wilson en Gran Bretaña que comenzaba a padecer seriamente el problema del Ulster, cuya violencia sólo podía evocar a la espantosa tragedia de Ma'a lot, las bárbaras ejecuciones de Puig Antich y Heinz

Chez, así como la injuriosa ola de terrorismo fascista en Italia. Incluso el destino fue verdaderamente desafecto contra algunos jefes de Estado, así mientras la mentira apenas sostuvo a Nixon lo suficiente como para atestiguar -aún en la Casa Blanca- el deterioro de la salud de Franco y la muerte del carismático Perón, la pretendida continuación del purismo gaullista terminó con G. Pompadour, que murió con una «discreción» que jamás tuvo el caído imperio de Selassie.

En tercer lugar, hay que indicar qué contenidos periodísticos se han examinado. Como se sabe, cualquier diario consiste -en verdad- en un conglomerado de bloques ilustrativos diversos, en ellos se encuentran tanto artículos como esquelas, publicidad, anuncios por palabras, caricaturas, etc. Evidentemente, aunque se hubiese concentrado el interés en aquellos que tuvieran algo que ver con el campo de estudio del que aquí se trata, todavía restaría un exagerado número de crónicas, entrevistas... relacionadas con la Revolución portuguesa. Por lo tanto, era necesaria la selección de las tipologías más ricas, aunque también las más manejables para un estudio como éste. Siguiendo este criterio se primará el tratamiento de todos los editoriales y comentarios de reflexión. Es decir, los contenidos más explícitamente orientados a recalcar tanto la opinión institucional, como el discurso popular «deseable» respecto al fenómeno luso. En concreto, constituyen un paquete de 31 obras de análisis periodístico; número considerable y verdaderamente significativo, si tenemos en cuenta que hasta abril no se publicó ninguno, por lo cual la gran mayoría se condensó entre mayo y octubre, precisamente en los dos meses mencionados. Lo afirmado demuestra -por de pronto- dos cosas, que la gran mayoría de las reseñas no se dedicaban al seguimiento constante del devenir diario de la Revolución, si no que más bien se atropellaban en el calor de los clímax del proceso; y además, que los editorialistas prefirieron distanciarse ligeramente de los sucesos, para que el peso del tiempo les permitiese tanto aclarar las perspectivas, como confirmar o rechazar primeras impresiones. Esta prudencia nos hace entender por qué la mayor parte de las críticas que el «golpe» de abril suscitó no se publicaron hasta mayo, y por qué las decepcionadas crónicas del «spinolazo» (septiembre) no aparecieron hasta octubre. Por lo tanto se podría deducir que los editoriales se retrasaban de sus noticias respectivas, aproximadamente un mes; al menos los de origen portugués.

PRESENTACION

1974 no fue un año anodino; las circunstancias, hechos y acontecimientos que hacia él desembocaron indican claramente que una importante fractura se produjo por entonces en el devenir desasosegante del siglo XX.

La nueva orientación que el enfrentamiento Este-Oeste había adquirido con la combinación Kruschev-Kennedy, y que eufemísticamente muchos denominaron «distensión», pareció parecer a mediados de los sesenta. Como reconoce E. Hobsbawn, «*las perspectivas parecían halagueñas*»¹, pero no sería así. La fulminante Primavera de Praga y el agotador estío del Vietnam, tan sólo fueron los preludios de la desengañada convulsión cultural del 68, animadora junto con la crisis económica de los setenta del falso decaimiento moral de Occidente, como del frívolo triunfalismo soviético; cimentando ambos ánimos, el último -y el más sincero- deshielo de la Guerra Fría, por el que apostaron Breznev y Nixon tras la «crisis del Petróleo».

Resulta difícil considerar que en tal contexto pueda aventurarse otra transformación histórica de igual o mayor relevancia, y sin embargo eso fue precisamente lo que ocurrió. Coincidiendo con el advenimiento del año clave aquí estudiado, una treintena de países iniciaron la azarosa aventura que ha convertido a la mayoría de ellos en estados democráticos a finales de este siglo. Este fenómeno que se inició en la Europa Meridional, para difundirse a Iberoamérica, y desde aquí al Lejano Oriente, para retornar definitivamente -al parecer- a Europa Oriental, tiene necesariamente que responder a una coyuntura homogénea, que S. P. Huntington reconoce como «*la tercera ola de democratización*»². Para este autor está claro que entre 1974 y 1990 se desarrolló una serie de transiciones internas que mediante fórmulas mayoritariamente pacíficas transformaron a diferentes regímenes autoritarios en incipientes estados de derecho. Las principales causas para el autor norteamericano fueron: la obtención durante el desarrollismo de los sesenta de un «bienestar» socioeconómico medianamente avanzado, el descrédito progresivo de los postulados que justificaron las dictaduras tanto por sus propias contradicciones internas, como por la paralela imposición en el mundo del discurso democrático como la única fórmula correcta de convivencia; y por supuesto,

¹ HOBSBAWM, E.: *Historia del siglo X (1914-1991)*, Barcelona. Crítica. 1995 [1994] pág. 247.

² HUNTINGTON, S. P.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona. Paidós Ibérica. 1994 [1991].

la inevitable influencia de agentes exteriores (instituciones internacionales, la Iglesia, las grandes potencias,..) que a través de sus clásicos medios de presión como por los modernos instrumentos de comunicación de masas, vendieron a estas sociedades la convicción de que su única posibilidad de progreso estaba en la asunción de las formas demoliberales imperantes en las naciones más avanzadas de Occidente.

Precisamente este fenómeno político -de dimensiones e importancia tales que por su propio peso exigen una particular dedicación- tuvo su natalicio «*25 minutos después de media noche, el martes 25 de Abril de 1974, en Lisboa, Portugal*»³. Se trataba de la Revolución de los Claveles que de «*manera poco convincente e involuntaria*» despertó por entonces una serie de fuerzas hasta entonces aletargadas por los contrafuertes salazaristas, pero aún lo suficientemente vigorosas no sólo para garantizar el fin de la dictadura más añeja de Europa, sino también para que su eco libertador impulsara esfuerzos semejantes en las vecinas Grecia y España, constituyendo todas ellas la triada mediterránea que sirvió de base al proceso difusor que parece haber desarrollado la tercera ola democratizadora.

El distanciamiento que entre españoles y lusos ha habido durante siglos, no sólo nos ha apartado del conocimiento de la singular trayectoria de nuestro vecino, sino también de la percepción de los problemas semejantes que nos han afectado, sobre todo durante los siglos XIX y XX.

En concreto, y a grandes rasgos, Portugal sufrió como España una larguísima dictadura personalista. Antonio de Oliveira Salazar fundó el «Estado Novo», estructura autoritaria de extraordinario éxito, ya que pervivió desde 1934 a 1974. Tan sólo las gravísimas dificultades que lo afectaron desde los cincuenta y desde luego el accidente que sufrió el dictador en 1968 -lo suficientemente grave como para apartarlo del poder- hizo peligrar la estabilidad del régimen. Hay que recordar que los primeros problemas que tuvo que afrontar el sistema salazarista fueron las incipientes evidencias de la consolidación de la oposición democrática que parecía haber adquirido un líder oportunísimo en el general Humberto Delgado -«*cuyo verbo fácil y su capacidad de conectar con las masas superaron todas las previsiones*»⁴- y, por supuesto el estallido de las guerras coloniales (1961-1964).

³ HUNTINGTON, S.P.: Opus cit. pág. 17.

⁴ TORRE GÓMEZ, H. de la y SÁNCHEZ CERVELLÓ, J: *Portugal en el siglo XX*. Madrid. Istmo. 1992. Pág. 172.

En cualquier caso nada anunciaba un próximo hundimiento del Estado Novo cuando la máxima responsabilidad de su mantenimiento pasó a Marcelo Caetano. Desde luego, lo que sí se albergaba en las intenciones del nuevo presidente del gobierno lusitano era rehabilitar los viejos engranajes para que pervivieran todo lo posible. Desde la óptica de Huntington, Caetano responde perfectamente al prototipo de «reformista» de los regímenes autoritarios:

*«Tendían a ver la liberalización como un camino para desactivar la oposición a su régimen sin democratizarlo por completo. Ellos ablandarían la represión, restaurarían algunas libertades civiles, reducirían la censura, permitirían una discusión más amplia de las decisiones públicas y permitirían a la sociedad civil (...) una mayor autonomía. Sin embargo, los libertadores (...) querían crear un autoritarismo más amable, humano, seguro y estable, sin alterar fundamentalmente la naturaleza del sistema».*⁵

Y precisamente ese fue en general el programa caetanista: potenciación de los sindicatos, atenuación de la censura, transformación de la policía política, apuesta por la salida autonomista en el conflicto colonial... Sin embargo, su «*renovación en la continuidad*»⁶ pronto mostró su fracaso, consistente -en esencia- en no satisfacer ni a la oposición democrática ni a los ultradefensores del régimen. Al percibir este creciente malestar, en 1970 el nuevo dictador dio por concluido su reformismo. Desde entonces tan sólo apostó por la única vía aperturista que en su opinión aún era posible, la española: es decir mantener todos los resortes represivos intactos mientras que situaba en el gobierno un gabinete técnico tan despolitizado como eficiente. Sin embargo, ya esta solución no resultaría para Portugal, que de esta forma sería abocada a una ruptura (en vez de una reforma) como modelo de tránsito hasta la democracia. La situación ya era propicia, tan sólo hacía falta un «adecuado» desencadenante.

En el verano de 1973, se promulgaron unos decretos-leyes que ante el creciente déficit de oficiales en la angustiada guerra colonial (verdadero reactivo de la Revolución) trataba de favorecer mediante un sistema de promoción más ventajoso a los milicianos. Pues bien, este insignificante asunto fue el pretexto para que la oficialidad académica mostrase su descontento no sólo porque se les discriminaba, sino también porque ya deseaba mostrar su postura contraria a conti-

⁵ HUNTINGTON, S. P. : Opus cit. Pág. 124. (El subrayado es nuestro).

⁶ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J.: *La Revolución Portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*. Madrid. Nerea. 1995. Pág. 21.

nuar una guerra que creía perdida. Éstas y no otras son las raíces de los antecedentes de la Revolución.

El «Movimiento de Capitanes» ya constituido celebró una serie de reuniones a finales del verano y el otoño de 1973 en donde trataron de configurar una serie de mejoras profesionales que solicitar al gobierno, pero una ola de críticas al ejército fue recibida a fines de año por una nueva desgracia bélica. Esta creciente mala opinión estimuló que «el Movimiento» profundizara sus reclamaciones hasta llegar a los orígenes ideológicos de su descontento. Desde principios de año, eligen delegados y una junta dirigente, comienzan a dialogar con los movimientos de liberación africanos, configuran un programa político y consiguen que sus compañeros milicianos les secunden. En este contexto Spínola publica su moderado *Portugal y el futuro* que suscita los enconos más virulentos de los sectores más conservadores del régimen. Caetano comienza a percibir la verdadera gravedad de lo que estaba ocurriendo y actuó con contundencia (entre las medidas que tomó se encontraban: el cese de Francisco Costa Gomes y Antonio Spínola). Lo que no podía esperarse el dictador es que al día siguiente, el 16 de Marzo de 1974, se sublevase el cuartel de Caldas de Rainha, y ante el fracaso de éste, se produjera una rebelión militar general el 25 de Marzo.

La victoria revolucionaria fue contundente, rápida y casi incruenta. Spínola accede al poder y trató desde éste de templar a los rebeldes (Movimiento de las Fuerzas Armadas, M.F.A.), que desde el principio trataron de impulsar unas bases revolucionarias de transición hacia la «democracia». Este forcejeo es el que caracterizó el período que se extiende desde el 25 de abril al 30 de Septiembre de 1974.

A medida que el nuevo presidente se veía incapaz de llevar a la práctica una democratización templada, ante la creciente presión de los revolucionarios más exaltados, se alía con la extrema derecha y trató de bloquear los mecanismos de poder instaurados. Pero ante la imposibilidad de conseguirlo, forzó en exceso sus poderes, y por ello fue obligado a dimitir.

Ante la eliminación del principal obstáculo, los sectores más comprometidos con el proceso (la mayor parte del Ejército, las fuerzas políticas progresistas y la ultrazquierda) eligen como nuevo presidente al general Francisco Costa Gomes y se disponen a desplegar unas transformaciones propias de un «socialismo real» (30 de septiembre de 1974-25 de noviembre de 1975).

Eliminados los factores más claramente «contrarrevolucionarios» comenzaron los enfrentamientos derivados de la distinta profundidad con la que los grupos exaltados pretendían alterar la realidad previa. Sin olvidarnos de las inherentes disputas por el poder. El M.F.A. se fragmentaba. Los sectores más «moderados» se aliaban con los socialistas (P.S.P.) y los socialdemócratas (P.P.D.) en defensa de un modelo demoliberal para Portugal. Por otra parte, los sectores más radicales del ejército («gonçalvistas» y «otelistas») manifestaron serios desacuerdos fruto de su alineamiento o con el Partido Comunista Portugués (P.C.P.), o con los grupúsculos troskistas, maoístas, etc. De todos estos pulsos de fuerza, Vasco Gonçalves salió vencedor. Él como primer ministro del segundo, tercero, cuarto y quinto Gobierno Provisional fue el responsable de la nacionalización de bancos, compañías de seguros, primeras iniciativas de reforma agraria, reforzamiento de la Intersindical (que él controlaba), etc. Sin embargo, impulsó este programa dictado por el P.C.P., sin importarle la creciente oposición que tales medidas generaban en el P.S.P., P.P.D., Iglesia, y «moderados». El presidente del gobierno no quiso reconocer la escasa base popular con la que contaba, por lo que dilataba una y otra vez la prometida convocatoria de elecciones constituyentes, a las que les restaba valor. De hecho, los sectores más extremos del M.F.A. apoyados por el P.C.P. obligaron a las restantes fuerzas políticas a acatar un pacto, por el cual se perpetuaba la estructura de poder militar-revolucionario más allá del sufragio. Tras esta garantía se señaló la consulta el 25 de abril de 1975. Los resultados no tenían réplica: socialistas y socialdemócratas recibieron un mayoritario respaldo (el 38 % los primeros y el 26 % los segundos), mientras que el P.C.P. junto a sus aliados (Movimiento Democrático Portugués) no superaron el 16 %, en total menos de un millón de votantes «*concentrados en las zonas industriales de Lisboa, Setúbal y Oporto, así como en la región latifundista del Alentejo*»⁷.

Las reacciones ante los resultados electorales no se hicieron esperar, los vencedores reclamaron las cuotas de poder que el electorado les confiaba; sin embargo Vasco Gonçalves no estaba dispuesto a ceder ante tales presiones. Esto significó la ruptura definitiva entre socialistas y comunistas, por una parte; y entre «moderados» y «gonçalvistas», por otra. Esta definitiva escisión del bloque revolucionario provocó no sólo que desde entonces se alcanzasen las cuotas más altas de crispación, sino también que se hundiese la coalición que había sepultado al salazarismo.

⁷ ALVES, M. M: *La Revolución de los militares portugueses*. Barcelona. Euros. 1976. Pág. 162.

El P.S.P., el P.P.D. y el grupo militar moderado (cada vez más mayoritario dentro de M.F.A.) exhibieron su poder potencial: provocaron el hundimiento del cuarto gobierno y boicotearon el quinto, sacaron a las calles a sus partidarios en manifestaciones multitudinarias, etc. Ante el éxito de estas presiones se consiguió sustituir a Vasco Gonçalves por el más templado Pinheiro de Acevedo, constituir desde la moderación el sexto gabinete -donde el P.C.P. sólo obtuvo una cartera-, debilitar a Otelo de Carvalho, etc.

Los «gonçalvistas» y comunistas respondieron airadamente, estimulando un clima de violencia («Verano vermelho»), orientado a desacreditar internacionalmente al nuevo gobierno de la transición lusa (se asaltaron las sedes diplomáticas españolas), atrayéndose a los soldados (al percibir que la mayoría de los oficiales se estaban adscribiendo al grupo de Melo Antúnez), e intentando conseguir el apoyo de los «otelistas».

El día 20 de Noviembre, los «moderados» provocaron a los «gonçalvistas» promulgando una serie de medidas intolerables para ellos, como el cese de Otelo de Carvalho. Ciertamente, los paracaidistas, la mayor fuerza comprometida con Gonçalves, se amotinaron de forma que los de Melo Antúnez los vencieron con facilidad. Así, podía iniciarse el proceso «termidoriano» de la Revolución.

Desde entonces, la vida política portuguesa se caracterizó por un paulatino desmantelamiento de los órganos militar-revolucionario, un poder presidencial excesivo que permitió a su nuevo titular -el teniente coronel Eanes- intervenir en débiles gobiernos civiles (uno casi por año), y la normalización creciente de la democracia portuguesa, plenamente consolidada desde la elección de Mario Soares como Presidente de la República en 1986.

ANÁLISIS

Las predicciones exageradamente pesimistas sobre el futuro del proceso político lusitano en las que se narraban con todo lujo de detalles toda clase de desastres y horrores para el imprudente vecino ibérico, constituyen el tema hegemónico, así como el tono característico de los documentos examinados. Especialmente, en el primer semestre del año 1974 es donde el vigor de estas descripciones alcanzaron su mayor intensidad:

«Ahora, sobre la alegría popular y populachera de las primeras jornadas, en las que se aseguraba que no había pasado nada, como sí la disolución de la Legión, de las Mocedades, de la Policía Política, más la división del Ejército, no fuera nada, llegarán otros y gravísimos problemas tales como la fuga de capitales la falta de crédito las huelgas y sobre todo, pese al optimismo de la junta, y la extensión de la rebelión colonial»⁸.

«Quedan ya casi lejanas las jornadas de las flores, las de los fusiles floridos, que tanto han entusiasmado a todo el mundo, en tanto que ya se ven llegar las huelgas, la multiplicación de los partidos, las fugas de los capitalistas; lo que va no es ni mucho menos literatura revolucionaria y sí amenazas graves a la vida de Portugal»⁹.

«No se puede saber lo que pasará en el futuro, pero, partiendo de la realidad actual que es la de las impresiones, con tendencia a una catástrofe todo aconseja al pesimismo. Pesimismo del cual por otra parte, aún pueden nacer fuerzas que ordenen lo que ahora está cada día más amenazado por el desorden y el caos»¹⁰.

«El temor aumenta, la desconfianza crece y sobre algunos hechos lamentables y sangrientos las tensiones se mantienen, facilitando una situación que ya es llamada de suave anarquía en la vida social, en la laboral y en lo político (...) Las facciones empiezan a enfrentarse y a romper la artificiosa unidad de los primeros días (...) Por lo pronto en las flores ya no cree nadie, tal vez tan sólo algunos cursis y revolucionarios de vía estrecha, la mayoría no portugueses que quisieron copiar esa Revolución portuguesa que ahora no sabe hacia dónde va.

Hay circunstancias históricas y limitaciones nacionales que no permiten hacer revoluciones y sí tan sólo reformas»¹¹.

Las dos últimas citas son verdaderamente significativas. La primera de éstas, reconoce una esperanza que la «España más conservadora» no perdió mientras Spínola se mantuvo en el país vecino como garante del orden. Se pensaba que por muy desastrosa que fuera la situación en Portugal, ésta nunca degeneraría en la instalación de un sistema comunista, sino al contrario, ésta impulsaría el alzamiento de lo que se llamaba la «Contrarrevolución»; es decir la organización y toma del poder de las fuerzas más «reaccionarias»,

⁸ EL ODIEL, 3-V-1974, pág. 6 (El subrayado es nuestro).

⁹ EL ODIEL, 18-V-1974, pág. 4 (El subrayado es nuestro).

¹⁰ EL ODIEL, 15-VI-1974, pág. 6. (El subrayado es nuestro).

¹¹ EL ODIEL, 13-VIII-1974, pág. 6 (El subrayado es nuestro)

que de inmediato restablecerían el equilibrio perdido al otro lado de la frontera. De ahí, que cuanto más parecía avanzar el proceso revolucionario, más numerosas eran las arengas de los observadores de *EL ODIEL* a la movilización de la ultraderecha lusa. Este fútil recurso, sólo sostenido por un considerable desconocimiento de la verdadera situación del país vecino, llegó a su máximo apogeo en el verano, cuando el «caos» ya parecía haber sobrepasado -como de hecho hizo- incluso las capacidades del propio general Spínola:

*«En Portugal, creemos que afortunadamente, y precisamente por la caída de Spínola, todos tienen prisa, menos el Gobierno, lo que puede dar facilidades a la contrarrevolución, que aún posee muchos instrumentos de mando, mientras que la revolución ya ha enseñado los suyos y han visto que son elementales»*¹².

*«La salida de Spínola puede ser y de hecho ya lo es como una llamada angustiada a todo el pueblo portugués para que éste, sin tener en cuenta la democracia se apreste a luchar por sus libertades y a defenderse de la filtración comunista»*¹³.

Estos comentarios más que un «objetivo» examen del proceso portugués suponen una constante reconstrucción de los miedos -más o menos inconscientes-, instalados ya en el recuerdo colectivo de los españoles, gracias al incansable esfuerzo del franquismo en este sentido, y en el que se podría encontrar uno de sus mayores éxitos. Por ello, es comprensible que los analistas vieran en cualquier alteración del orden establecido el desenlace hacia una sangrienta guerra civil, que en España nunca se olvidó y que sinceramente, ni los sectores más reaccionarios desearon jamás para Portugal. De ahí que el columnista Jesús Vasallo la alertara por entonces así:

*«Yo dije siempre que el 25 de Abril fue el 31 de nuestro mismo mes y ahora ya está el Frente Popular, aún sin elecciones, en el poder. De ahí a la guerra civil no hay más que un paso»*¹⁴.

De esta forma, parece demostrado que la prensa analizada utilizó para afrontar los sucesos revolucionarios del país vecino una óptica completamente catastrofista. Sin embargo debe reconocerse que estos desconsolados tonos se fueron, lentamente, aminorando en la segunda mitad del año; ya que si bien se siguió percibiendo el pano-

¹² *EL ODIEL*, 8-X-1974, pág. 4.

¹³ *EL ODIEL*, 4-X-1974, pág. 6.

¹⁴ *EL ODIEL*, 4-X-1974, pág. 10.

rama con bastante escepticismo, al menos comenzaron a entrecruzar algunas notas más esperanzadoras; sobre todo cuando en el invierno se estabilizaron los impulsos del 28 de septiembre. Este giro se debió a la tranquilidad que supuso para los cronistas la confirmación de que se celebrarían elecciones (hecho que afrontaron como un mal menor); así como el talante moderadamente confirmado del nuevo presidente, el general Francisco Costa Gomes. Los sesgos de este nuevo talante comenzaron a percibirse a finales de año, en comentarios como éste:

«Se habla a caño libre de la vocación socialista del nuevo Portugal cuando este asunto ni siquiera se ha sometido a una simple auscultación (...). A mi me inspira serias dudas, en una palabra, el que Portugal se dé a sí mismo, libremente, en unas urnas realmente democráticas un sistema político radical de extrema izquierda y aún de izquierda, por desenfundada que sea la demagogia electoral de este signo y por crítico que sea el estado de la economía del país»¹⁵.

«Pasada la euforia de los días de Abril [la] diplomacia portuguesa está haciendo un gran esfuerzo para asegurar el apoyo exterior, especialmente de EE.UU. (...). Estamos seguros de que eso no gustará mucho a los comunistas portugueses ni a sus amigos moscovitas (...). La demagogia internacional que ha jugado demasiado fuerte a la causa de la libertad portuguesa, empieza a preocuparse ante los intentos de algunos portugueses de salvar lo que es salvable en esta circunstancia (...). Habrá que alegrarse de que en Lisboa aún quede una buena dosis de sensatez política, por lo menos de cara a su política exterior»¹⁶.

Próximos a esta serie de comentarios de oscuros vaticinios, que son los dominantes por su gran número, se encuentran otro amplio bloque de argumentos. Éste se caracteriza por poseer como denominador común una incombustible irascibilidad hacia todo aquello que despertase cualquier sospecha de ser fruto o consecuencia de un proceso transgresor del status quo. De hecho, el auténtico objetivo de este ataque es la Revolución en sí misma, a la que se la estereotipaba como una «plaga» de legendarias y reconocidas consecuencias; perjudiciales para cualquier comunidad, aunque dadas sus «arrasadoras» consecuencias, los comentaristas se esforzaban en alertar encarecidamente a los países especialmente vulnerables a sus efectos; casi siempre, por combinar una sensible «peculiaridad» política (siempre

¹⁵ EL ODIEL, 23-X-1974, pág. 6.

¹⁶ EL ODIEL, 26-X-1974, pág. 4.

poco especificada), con una pertinaz desventura económica. Precisamente por ello, la prensa del Movimiento esperaba que estos regímenes se esmerasen especialmente en el «saneamiento» preventivo; necesario en su opinión, si se querían «salvar» de esta «peste contemporánea», ya que si para algunos países el proceso revolucionario podía resultar, más que un desastre, una inoculación molesta pero superable, en cambio para otros exponerse tan sólo al contagio resultaría mucho más que un lujo temerario. Como ya antes se citaba: *«Hay circunstancias históricas y limitaciones nacionales que no permiten hacer revoluciones y sí tan sólo reformas».*

¿El periodista se refería a Portugal o a España? Ciertamente, el esforzado corresponsal analizaba en esta ocasión la situación del país vecino. ¿Pero hasta qué punto se sabía conocedor de lo oportuno que era su consejo para las coetáneas circunstancias de su país? En nuestra opinión, lo era; y en el grado suficiente como para indicar lo que en el futuro se debía de evitar en España. Hasta se podría decir que la «Revolución de los Claveles» sirvió para ir preparando a la clase política del país para su próxima transición a la democracia.

La oligarquía en el poder tuvo que contemplar la evolución tan adversa que iban adquiriendo los nuevos tiempos, sacándola de su confiado planteamiento previo, que le hacía asentar con seguridad la idea de que la Península Ibérica era uno de los pilares más preparados para resistir «tentaciones desestabilizadoras»; no sólo porque había contado con la preparación «privilegiada» de haber sido unas de las escasas comunidades que se habían enfrentado con este problema en el pasado, y es más, con «éxito»; sino que además partiendo de esos conflictivos momentos y como solución definitiva, se habían instalado en ambos países sendos regímenes cuyas máximas más estentóreas eran las de garantizar tanto a sus aliados como a sus conciudadanos, una singular eficacia contraria a cualquier rebrote revolucionario futuro. Sin embargo, ¡qué estaba ocurriendo con el salazarismo, aquél, que más que un sistema político semejante era *poco menos que hermano siamés!*¹⁷. La perplejidad de las «familias» que apuntalaban a la Dictadura era comprensible, le tocaba asumir algo que nunca pensaron que ocurriría, y menos en el afín país vecino. Hay que tener en cuenta que *«tras la dimisión de Spínola, Portugal fue vista por Occidente y especialmente por España como un caballo desbocado que inexorablemente se precipitaba hacia el abismo, por lo que la Dictadura trató por todos los medios, de que España*

¹⁷ EL ODIEL, 8-X-1974, pág. 5.

no fuese arrastrada por Portugal»¹⁸. Por eso, unidas a todas las acciones de repliegue que se emprendieron para evitar que España sufriese un desbordamiento semejante (destitución de Díez Alegría -junio-, «dimisión» de Pío Cabanillas -octubre-, detención de 14 personalidades de la oposición moderada -noviembre-,...), el fenómeno luso obligaba además a cuestionarse -hecho inimaginable hasta entonces- el grado de salubridad del régimen, e incluso, si era necesaria alguna medida tonificante que lo reconstituyese. Estas reflexiones concentraron la mayor dedicación de los analistas en asuntos exteriores en el segundo semestre de 1974; erigiéndose éstas como el tema estrella de sus crónicas en el último trimestre del año. Tendencia razonable cuando se fue confirmando la inequívoca naturaleza «exaltada» del proceso portugués, con la llegada de noticias como: la caída de Palma Carlos (junio), el precipitado exilio del general Spínola (octubre), la progresiva intervención del Estado en la economía (por ejemplo, los decretos de nacionalización), el creciente distanciamiento entre «moderados» y «gonçalvistas», etc. Por todo ello cabría preguntarse ¿ideológicamente cómo reaccionó el tardofranquismo? ¿Qué estrategia informativa utilizó para inmunizar al país de las filtraciones revolucionarias vecinas? Pues bien, a grandes rasgos hemos constatado que se argumentaron tres tipos de *estrategias*:

La primera, trató de distinguir claramente al régimen del «18 de Julio» y su reciente evolución, del salazarismo y su «degeneración caetanista». Es curioso, pero incluso por entonces se conservó un admirativo respeto por Salazar; en cambio, fue Marcelo Caetano el que concentró todas las críticas y responsabilidades generales a raíz del hundimiento del viejo aliado del oeste. Partiendo de este posicionamiento, y en relación con él, podemos además reconocer dos ideas que se trataron de difundir sistemáticamente. La primera, que en España no se había cometido, ni nunca se incurriría en los desastrosos «errores» que habían introducido Caetano en ausencia de Salazar; ya que en nuestro país aún se contaba con el «ojo avizor» del Caudillo, al parecer, especialmente sensible a los patinazos aperturistas. La segunda se ilustra perfectamente con las palabras de Sánchez Cervelló:

*«En España, el impacto de la caída del fosilizado régimen portugués fue enorme. Por ello las autoridades trataron de minimizar el hecho señalando la singularidad y la diversidad social, económica y cultural que caracterizaba a los países, concluyendo que lo de Portugal era irrepetible en España»*¹⁹.

¹⁸ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J.: *Opus cit.* Pág. 227.

¹⁹ *Ibidem*, pág. 224.

El análisis aquí seguido no ha detectado tanto una conseguida subestimación de la seriedad de los cambios impulsados tras el «25 de Abril» (al contrario, habría que hablar casi de exagerada preocupación), como sí un notorio distanciamiento. Los comentarios de *El Odíel* nos presentaban un Portugal muy alejado de las cuotas de «estabilidad» laboral, «bienestar» social y «orden» cívico alcanzados por una España inmersa en un progreso cuasi europeo. En las crónicas de los corresponsales lisboetas se trataba de dejar claro que lo que observaban era una realidad muy diferente con la de España; y que por lo tanto, era impensable una difusión de los ecos revolucionarios. Incluso, desde las redacciones pertenecientes al Movimiento, se llegó a acusar de irresponsables a aquellos que desde medios más «liberales» encontraban más similitudes entre los dos países ibéricos de las que a ellos les parecía conveniente reconocer. Sólo la perspectiva adoptada por el gobierno de Madrid para referirse a los sucesos lusos, manifestó una desestimación evidente de cualquier paralelismo mutuo existente. Por entonces, cualquier extrapolación entre la evolución entre la evolución portuguesa y la hispana, era vista -como mínimo- como una apreciación completamente infundada:

«De momento ya es una buena lección política, e incluso moral, que muchos de los que opinaron apriorísticamente hace 5 meses tengan ahora que (...) tragarse opiniones y textos apresurados, al ver que lo contrario de lo que creyeron o pretendieron creer, apuntando más que a Portugal a otras situaciones políticas que creyeron habían sido heridas gravemente por los hechos portugueses»²⁰.

Como ven la «identificación» fue temprana y abundantemente utilizada por aquellos que en realidad no sólo hacían bosquejos fundados de la situación socio-política que vivía España, sino también por los más atrevidos apologistas del final de la Dictadura franquista y lo suficientemente impacientes como para resultarles deseable -incluso- la solución revolucionaria.

En cambio, los más «sensatos» argumentos de las columnas más comprometidas con el sistema se dedicaban a subrayar los contrastes existentes (reales, en muchos casos) en la evolución de ambos países; y en defender un no intervencionismo, que debía respetarse tanto para el caso lusitano, como sobre todo para el español:

²⁰ *EL ODIEL*, 4-X-1974, pág. 6.

«El resultado final que una vocación marxista o de izquierda suponga para Portugal, es cosa de los portugueses (...). Naturalmente, nos corresponde a nosotros reclamar idéntica propiedad exclusiva sobre los rumbos de España»²¹.

La segunda táctica más reiterada en las redacciones de los medios oficialistas para afrontar las posibles repercusiones de la «Revolución de los Claveles» la apuntábamos anteriormente. Consistía en rescatar el viejo lema: «España es diferente», aunque ahora revestido con sutiles matizaciones procedentes de *sui generis* interpretaciones del Derecho Internacional que pretendían justificar la postura franquista, incluso desde los parámetros colectivamente aceptados. Así, aparecían alegatos que exigían el respeto que España como «país soberano» merecía para dictaminar su propia e individual naturaleza política, sin que ésta se tuviera que ver alterada por ninguna injerencia exterior. Pero como la consistencia del discurso hacía aguas por muy diversos puntos (era fácil profundizar en su autoritario, conservacionista y temeroso eje argumental) a veces, por ejemplo, surgían en este tipo de comentarios tenues «amenazas» entreveladas que oscilaban entre la fanfarronada y el desaire, que sugerían que el «país» estaría dispuesto a defender el restablecimiento de un nuevo «cerco sanitario». Es decir, que incluso se abogaba por un nuevo aislamiento internacional si las «amenazas» exteriores seguían sugiriéndolo.

«Poner al descubierto lo que realmente se ocultaba tras las idílicas apariencias DEMOCRÁTICAS en Portugal o Grecia, sería tanto como descubrir el juego de los que en España intentan jugar sus cartas fuertes desde plataformas sostenidas por los mismos centros internacionales de poder que han forzado nuevas situaciones políticas en otros países (...). Es posible que nuestro empeño en que el pueblo español decida su propio destino, al margen de las servidumbres de los DIVINES al capitalismo internacional, nos pueda dejar solos y apaleados. No sería la primera vez que el pueblo español afronta esta prueba. Tiene larga experiencia en trances parejos y el hábito de la resistencia a las imposiciones exteriores»²².

Por último, se llegó a ver con «desconsuelo» la necesidad de ceder al proceso «aperturista» que ya un sector minoritario del régimen defendía para España. Pero no nos equivoquemos, se avinieron

²¹ EL ODIEL, 8-X-1974, pág. 5.

²² EL ODIEL, 18-VIII-1974, pág. 14.

a una «reforma» muy templada, y tan sólo como una estrategia de supervivencia. Se trató de una conversión interesada, orientada a conservar lo esencial. Y claro, por esta insinceridad es fácil de detectar -a veces- un particular tono irónico o incluso sarcástico, cuando los textos críticos de la prensa estudiada reflexionaban sobre los cambios verdaderamente consecuentes del país vecino: el advenimiento del asociacionismo (tanto político como corporativo), o la progresiva liberalización ético-moral, etc. Júzguese lo dicho con este caricaturesco fragmento:

«El fenómeno reivindicativo portugués, ha llegado hasta los sectores más insospechados de la población (...). Recientemente 496 prostitutas de Lisboa que habían celebrado una asamblea extraordinaria, naturalmente, EN UNA DE LAS CALLES DE LA CIUDAD, decidieron emitir un manifiesto a la Junta de Salvación Nacional en el que exigían el derecho a la constitución de un sindicato libre, cuya misión sería, en primer lugar, la de COMBATIR ACTIVAMENTE TODO SISTEMA DE EXPLOTACIÓN POR PARTE DE LOS CHULOS. Las firmantes exigen igualmente la elaboración de una TABLA DE PRECIOS, para terminar cuanto antes con la actividad de las COLEGAS CONSERVADORAS que continúan exclusivamente actuando en las boites (...).»²³.

CONCLUSIÓN

Tras todo lo comentado parece fácil entender las reacciones que los grupos de poder, verdaderos protagonistas de este artículo, exhibieron en tan comprometidas circunstancias. La «Revolución de los Claveles» les hizo reaccionar, les convenció de que la única forma de «perpetuarse» era la de transigir con una controlada democratización dirigida por ellos mismos. El ejemplo portugués sirvió como campo de estudio de las precauciones que debían de introducirse en el tránsito español, en el que de ninguna forma se estaba dispuesto a ceder el control del rumbo, ni a los militares, ni a la oposición moderada, ni por supuesto a los grupos «subversivos» (entre los que se solía incluir al P.C.E.). Como ciertamente ocurrió, no tanto por la claridad de los líderes de la Dictadura, sino más bien ante la propia situación, muy distinta a la portuguesa.

Básicamente, el tardofranquismo contaba con una clase media urbana mucho más asentada gracias al decidido impulso del desarrollismo tecnocrático de los sesenta (mientras que en el país

²³ EL ODIEL, 26-V-1974, pág. 6.

vecino comenzaban las sangrías presupuestarias exigidas por su insostenible guerra colonial). Estos grupos sociales -con el tiempo- fueron uno de los principales demandantes de una homologación completa con el resto de los más avanzados sistemas europeos; pero no de cualquier forma, sino a través de una trayectoria lo suficientemente modulada como para no poner en peligro sus alimentadas esperanzas de promoción socioeconómica. En crear esta expectativa estuvo el éxito del fin de la Dictadura, no sólo porque desarmadas posibles salidas desairadas de ésta, sino -sobre todo- porque la «legitimaron» lo suficientemente como para evitar una creciente deserción hacia la oposición. En España no se hubiera podido entender una contestación tan sólida como para proceder, en primer lugar, desde el propio Ejército. La oposición hispánica, por su debilidad, no tuvo más remedio también que moderarse, consciente de que por sus propias energías no le era oportuno apostar por una «ruptura» o un «reemplazo»²⁴, sino que le era más conveniente al principio aceptar y luego negociar una salida por reformas o por «transformación»²⁵. Lo cual en Portugal no fue posible ante la gravedad de su situación. Es decir, que en gran parte la airosa vía de democratización española fue una corrección de lo que en el país vecino propició una «Revolución».

BIBLIOGRAFÍA

- ALVES, M. M.: *La revolución de los militares portugueses*. Barcelona. Euros. 1976.
- BURCHETT, W.: *Portugal, año uno de la revolución*. México. Era 1976.
- CARVALHO, O. S. De: *Memorias de Abril*. Barcelona. Iniciativas Editoriales, D.L. 1978.
- HUNTINGTON, S.P.: *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Barcelona. Paidós Ibérica. 1994 [1991].
- LEGUINECHE, M.: *Portugal: La revolución rota*. Madrid. FELMAR. 1976.
- MOUNTINHO, V.: *Un abril en Portugal*. Madrid. Júcar. 1974.

²⁴ HUNTINGTON, S. P.: *Opus cit.* Pág. 111.

²⁵ *Ibidem*, pág. 111.

- OLIVEIRA P.: *Política y Proyecto: una experiencia de base en Portugal*. S.L. Gustavo Gili. 1978.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, J.: *La Revolución portuguesa y su influencia en la Transición española (1961-1976)*. Madrid. Nerea. 1995.
- SPÍNOLA, A.: *Portugal y el futuro*. Barcelona. Planeta. 1974.
- TALON V.: *Portugal, ¿Golpe o revolución?* Madrid. C.U.S. 1974.
- TORRE GÓMEZ, H. de la (coord.): *Portugal y España en el cambio político*. Madrid. UNED. 1990.
- TORRE GÓMEZ, H. de la: *Portugal en el siglo XX*. Madrid. Istmo. 1992.
- TORRE GÓMEZ, H. de la: *Portugal, 1974*. Madrid. Información e Historia, D.L. 1994.